

El conde siguió á la joven y la alcanzó en el terrado del castillo.

— ¡Ivona! exclamó tendiéndole los brazos.

La joven le abrazó desolada.

— ¿Con qué es verdad?

— ¡Ay!

— ¿Tenías un amante?

— ¡Estaba local!

— ¿Qué vas á hacer?

— ¡No sé!

— ¡No hagas nada sin contar conmigo!

Ivona suspiró y los sollozos ahogaron su voz. — Vete á llorar, le dijo tiernamente el padrino. Eres demasiado bella, ¿lo ves? y la hermesura á veces es un don fanesto. Vete á llorar.....

Y estrechándola contra su pecho, repitió con inefable dulzura:

— Sobre todo, no temas: estoy yo aquí.

La vió subir la escalera de granito y no se retiró del terrado hasta que oyó el ruido que la joven hizo al cerrar la puerta.

Se alejó entonces y se puso á pasear entre los grandes árboles pensando en la escena que le causaba penosa impresión.

No se informó del nombre del seductor.

Lo había adivinado.

Y le juró una execración racional y feroz.

Pero quiso tener pruebas, y queriendo evitar á la joven, á quien amaba más desde que era desdichada, la vergüenza de una confesión, se dijo:

— Velaré.

## VII

## SECRETO MORTAL.

«Señor duque:

Anoche me estaba esperando mi padre. Me ha detenido cuando me dirigía á mi cuarto. He expiado mi culpa en uno de esos minutos imposibles de olvidar. Esta mañana me ha arrojado de su casa. Le conozco bien, Inflexible en cuestiones de honor, jamás me perdonará. He servido á usted de juguete: no ha tenido usted nunca ni sombra de aquel grande amor de que me hablaba. No sé que hacer y no puedo resignarme á avergonzarme toda la vida ante los seres amados y ante mi hijo que me echaría en cara su nacimiento.

«Voy á morir sin sentir dejar la vida.

«Le perdono el mal que me ha hecho.

«Que Dios le perdone también. Adios.

«Ivona.»

Metió la carta en un sobre, en el que escribió:

«Señor duque Huberto de Vaudrey-Laugou, en Laugou.»

Escribió otras dos cartas, una pidiendo perdón

á su padre; otra, tierna y de angelical dulzura, á su padrino, diciéndole que era demasiado culpable para esperar su perdón y que prefería morir.

Terminaba con estas palabras: «¡Ay, si hubiese usted estado aquí para guardarme y defenderme ¡Usted á quien amo tanto! ¡Adios!»

La dejó sobre la mesa en un sitio visible.

Luego se vistió con el cuidado ordinario.

Sus cabellos trenzados, su sombrero de paja parada, y el pobre fichú de estameña que llevaba el día de la romería de Plelau, restauraron, por decirlo así, su hermosura.

Se puso mitones claros, zapatos abiertos y medias de hilo gris.

Tomó una sombrilla roja, escondió en el seno la carta del duque y salió con precaución, ocultándose entre los bosquecillos para no ser vista.

Llegó, dando un gran rodeo, á la senda de Laugou, y, segura de no ser seguida, se detuvo á descansar. Desde el sitio en que estaba, distinguía la punta del campanario de Plelau y el tejado de la única torre, resto del antiguo castillo, sobre cuyos cimientos había sido reedificado el del conde Hugo.

Allí se había deslizado su juventud; allí hubiera podido vivir en paz.

Su padre la expulsaba y ella reconocía lo justo del castigo.

Todo el pasado se presentó de golpe á sus ojos.

La envidiada por todas las muchachas no iba á dejar tras de sí más que un recuerdo lastimoso.

Su historia se divulgaría por el país como una leyenda trágica.

Interrumpiendo su meditación sonó á cierta distancia el canto de la loca.

Aquella lúgubre melodía le pareció un toque funeral y huyó por no ver la espantosa sonrisa de la enajenada.

Eran cerca de las cinco cuando llegó á una colina, encima del castillo de Laugou.

Temiendo ser vista, no se atrevió á atravesar los jardines del parque y se decidió á aguardar las sombras de la noche.

Por otra parte, era una especie de plazo que se concedía.

Bajo el parque, las aguas del estanque, cortadas por la calzada de contención, producían un ruido formidable, como el de un molino cuando están abiertas las escusas.

Se las dejaba correr á causa de la avenida consiguiente á la tempestad de la noche anterior y caían con estruendo de catarata en el Quer, que, á cinco leguas de Laugou, desemboca en el Océano.

Ivona se estremeció. Allá iría á estrellarse.

Es un paso terrible, dígame lo que se quiera, el de la vida á la muerte, ó las incertidumbres del más allá, según la expresión moderna.

Ivona no tenía veinte años; estaba resuelta á morir, pero su decisión le producía el efecto de una dosis de opio, sumiéndola en una especie de sueño mal sano.

No pensaba en nada; miraba en torno suyo; veía el ir y venir de las gentes del castillo, los jardineros en los cuadros de flores, los palafreneros, llevando los caballos al baño ó al brevadero; un cocinero de blanco gorro, hablando en un ángulo de la cocina con una lavandera.

Y, en lontananza, la sábana líquida en que había decidido sepultarse, la atraía, llevando con uniforme movimiento hacia las abiertas praderas, sus aguas llenas de restos arrastrados por la avenida.

Ivona, que estaba sentada en una roca, se llevó de repente la mano al pecho.

Se acordó de su carta.

Era preciso que el duque de Vaudrey la recibiese.

¿Pero cómo?

Absorta en sus lúgubres meditaciones, la había olvidado.

De entregarla á un criado, podían impedirle la ejecución de sus planes.

Desde el trozo de roca en que estaba sentada distinguía los alrededores del castillo, los jardines y las cocinas y cuadras, como desde una torre.

Divisó la casa rústica donde había pasado la primera noche, la noche de sus efímeros placeres.

La casita, rodeada de florido jardín y cubierta por un toldo de plantas trepadoras, parecía desierta.

En sus alrededores no había nadie: ni un jardinero, ni un criado.

Tuvo una inspiración repentina.

¿Porqué no había de llevar la carta al misterioso retiro?

Para llegar á él no tenía más que deslizarse con precaución de bosquecillo en bosquecillo.

Dejaría en la casita su supremo adios y se retiraría.

El duque la hallaría en aquel lugar donde ella debía haber dejado algún recuerdo.

Allí la leería, sintiendo quizás remordimientos y penas.

Esta idea decidió á la pobre joven.

Los que buscan la muerte por haber amado con exceso, suelen tener refinamientos ingeniosos.

El duque se preguntaría cómo había ido á parar allí aquel billete y quien lo habría traído.

Pensaría que Ivona había ido por última vez á la casita, que había llorado allí, y se arrepentiría de su crueldad, de sus engaños y de su infame abandono.

Ivona se decidió en seguida.

Estaba fatigada del camino, pero no se acordaba del cansancio. Bien pronto lograría el reposo eterno.

Bajó precipitadamente, y pronto estuvo junto á la casita.

La rodeó por el exterior y no oyó ningún ruido.

Miró por las ventanas y no vió á nadie.

Se decidió á empujar la puerta, que cedió sin dificultad.

La entornó tras de sí.

Por fin estaba dentro de la plaza.

Notó ligeros perfumes que no le parecieron iguales á los que embalsamaban] el ambiente cuando acudía á las citas.

Todo era elegantísimo en el interior de aquel gabinete exteriormente rústico. Divanes de seda y terciopelo, paredes tapizadas de acolchado raso, espejos con marco de felpa, objetos de tocador, cajas de plata con las armas de los Vandrey, y mil ricas chucherías indicaban su destino. Ivona dejó su carta sobre la chimenea y se sumió en tristes meditaciones. De pronto fijó sus ojos en un latiguillo de empuñadura de oro, caído en la alfombra, junto á una silla larga.

Lo examinó con atención celosa.

El latiguillo tenía en el oro de la empuñadura una corona de barón y las dos iniciales L. B. enlazadas.

—¡Luisa Bresson! exclamó. ¡Su querida! Poco le costó el adivinarlo.

La suplantaba la castellana de Scaer. La viuda del barón Santiago era la querida del duque! Suyos eran los perfumes que aspiraba.

Recordó sus miradas llenas de curiosidad y sus preguntas.

Pero no sintió el menor deseo de luchar.

Se confesó vencida.

Aquella mujer era demasiado bella, elegantísima, rica y libre.

Del día de su llegada al país databa el abandono del duque.

La carta fatal que indicaba la ruptura la había

traído Gib á los pocos minutos de su primer encuentro en la Cruz de los Azules.

El misterio de que le habló el duque, debía existir entre ellos.

Pero ¿qué vínculo podía enlazarles como no fuese el amor? ¿No eran jóvenes y solteros?

Inmóvil, llena de celos y furor, conservaba el latiguillo en la mano, cuando la sacó de su abstracción un rumor de voces.

Por una de las estrechas ventanas de la casita vió entrar al duque hablando con una mujer, blanca como una azucena, que le sonreía amorosa.

Venían en aquella dirección, y la fuga era imposible.

Sólo tuvo tiempo para buscar dónde esconderse.

La casita tenía una sola pieza, con un oscuro gabinete cerrado por una cortina.

En él se escondió precipitadamente, conservando en la mano el látigo de la baronesa.

Abríóse al punto la puerta de la casita.

Luisa entró y se dejó caer sobre un diván, diciendo:

—Decididamente el tiempo está tempestuoso. No pasará la noche sin un nuevo diluvio.

—Y el valle se convertirá en lago, añadió el duque sentándose al lado de la baronesa.

—¿Pero dónde está el latiguillo? dijo la viuda. Estoy segura de haberlo dejado aquí. Hazme el favor de buscarlo.

—En seguida. Estás hoy radiante, Luisa.

—No lo niego. El barón ha llegado esta mañana y se ha mostrado lo más amable.

—¿Y tú te fías de esas exterioridades? dijo el duque.

—Ya te he dicho, amigo mío, que eres de la raza de los pusilánimes. ¿Me he de ver obligada á darte lecciones de valor? Yo creo que la ruina te ha achi-cado. Un hombre con millones en el bolsillo tiene siempre más firmeza que cualquiera otro. Eso es sin duda lo que te falta. Pero tranquilízate; lo tendrás muy pronto.

La baronesa hablaba en tono de burla.

—¿Quieres saber mi opinión? dijo el duque.

—Venga.

—Tu alegría me inquieta. Cometes locura sobre locura. Olvidas toda precaución.....

—¿Lo sientes?

Ivona oyó claramente la respuesta: un beso en el brazo de la viuda.

—Hoy mismo, apenas ha llegado el barón, y ya le dejas.....

—Para verte. Y casi estoy por decir que es él quien me envía.

—¿De veras? dijo el duque con incredulidad.

—¿Acaso crees que te odia?

—Lo temo.

—Sin razón. Siente hacia tí verdadera simpatía.

—No me lo probarás.

—Voy á intentarlo. Tipo de antigua nobleza—dice—tipo perdido! Pródigo y batallador, amigo

del placer. ¡Demasiado gran señor para hacer cuentas, demasiado galante para no tener aventuras! Demasiado hermoso—¡ha dicho demasiado hermoso!—para no ser amado. Salúdale de mi parte. En una palabra, desca hablar contigo.

—¿Para qué?

—Creo que para tratar de Laugou. Sabe que me gusta mucho. No se lo oculto.

—Bien. Pero eso es un pretexto.

—¿Por qué no vas á Soaer como vecino?

—Que se dirija á mi notario.

—Siempre lo mismo.

—Querida mía, dijo con vehemencia el duque, el barón es astuto como un Maquiavelo. Yo he tenido tiempo de pensar en mis ócios. Nadie me convencerá de que no está representando una comedia. Ha dado crédito con excesiva facilidad al suicidio de su hermano. Un hombre con tantos millones como Santiago Bresson, no renuncia, así como así, á la vida. La aparente credulidad del otro debe ocultar un lazo. Tú no desconfías bastante. Con tus libertades le pones sobre la pista. Ten juicio. Si te ve tan pronto, íntima mía, sospechará como es cierto, que nuestra intimidad es antigua; si llega á saber que es anterior á la muerte de su hermano, deducirá, lo que es verdad también, que tenias motivos para desearla; y si cree que la deseabas, sacará, en consecuencia, que tú has sido la autora, y que yo, que me aprovecho de ella, pudiera ser el cómplice. Y así, por tus imprudencias, llegará lógicamente á presumir que las dos balas

que mataran al barón Santiago, no han sido disparadas por él, sino por tí y por mí, en lo cual andará bien cerca de lo cierto, puesto que tú me diste el arma y yo hice uso de ella.

Ivona se apretaba el pecho con las manos y contenía el aliento.

Conocía, por fin, el terrible secreto de que el duque la hablaba.

El duque de Vaudrey había matado al esposo de aquella mujer. El señor de Vaudrey era un asesino.

—Qué importaba que el barón piense lo que quiera, exclamó con vehemencia Luisa, si no puede probarlo. Eres demasiado tímido. El mundo es de los audaces. Bastante son seis meses de alejamiento y privaciones. Quiero disfrutar de la independencia, á tanta costa comprada. Quiero amar como se me antoje, ver á mis amigos cuando quiera y gozar de la juventud á mis anchas. ¡Acabarás por darme compasión! ¿Quién puede saber esa historia, como no se la contemos nosotros? Tú eres duque de Vaudrey, soltero y dueño de tus actos; yo soy viuda y libre. Tú me amas, yo no te rechazo. ¡Qué cosa más natural! ¡Ea, basta de escrúpulos y de vanos temores! ¡El porvenir es nuestro!

La respuesta del duque fué otro beso más largo y amoroso.

Luisa se levantó.

—¡Pero dónde he dejado ese dichoso látigo? dijo mirando todos los rincones. Estoy segura de que estaba aquí en ese diván,

Registró todo el gabinete, y de pronto cogió la carta de Ivona.

—¡Hola! exclamó, ¡una carta, y de mujer!..... ¡Esta letra!..... ¡pero aquí te envían la correspondencia, amigo mío!

Daba vueltas y vueltas al billete.

—Sin sello. La ha debido dejar aquí algún encargado. Carta de amor, no hay duda. Ya no me extraña tu vocación por el retiro. Letra sencilla, de joven... Mano de colegiala... de esa Ivona, acaso. ¡Oh! no te disculpes... La conquista es de las que honran. La he visto y hay pocas joyas tan perfectas.

El duque también se había puesto en pie y extendió la mano para apoderarse de la carta.

La baronesa retrocedió.

—Tengo un antojo, dijo. No soy duquesa de abuelengo; soy una simple mujer del más plebeyo origen. Mi abuelo era labrador en la Beauce. Hablo del materno. El paterno fabricaba en Villejuil cordones con herretes á dos sueldos. Esta carta me quemaba la mano. Tanto peor.

Rasgó con rapidez el sobre y miró la firma.

—¡Ivona! exclamó: ¡Pardiez, me lo había figurado!

Pero no pudo leer lo demás.

El duque le arrancó la carta y dijo con insultante desprecio:

—Tienes razón. No has nacido duquesa. Lo que haces es indecoroso.

—¿Lo crees?

—Luisa.

—Pues yo respondo: Si no me das esa carta ó si no la lees en alta voz sin omitir una sílaba, salgo por esa puerta para no volver nunca. Podré perdonar, pero no tolero que me engañen.

—¡Ah! pensó el duque. ¡En qué mar de cieno y sangre estoy hundido!

Y dominado por el tono imperioso de la baronesa, arrojó la carta de Ivona al diván, junto á su cómplice.

En el momento de ir á cojerla, se volvió Luisa bruscamente hacia el escondite de Ivona, y dijo:

—Alguien nos escucha.

El duque, lívido de cólera, corrió al gabinete.

Nada vió al principio.

El pequeño aposento sólo recibía luz por un estrecho ventanillo con cristales de colores.

Pero sus ojos se habituaron pronto á la obscuridad.

En pie, junto á la pared del fondo, distingió el pálido rostro de Ivona, que le miraba con extravíados ojos.

—¡Tú! dijo el duque con rabia.

—¡Sí, yo que os escucho y os oigo! ¡Ah, es horrible de veras!

Ivona avanzó inconscientemente, vacilante, aterrada por los secretos que la casualidad le había revelado.

El señor de Vaudrey la agarró del brazo con tal

violencia que estuvo á punto de dislocársele. Una ligera pulsera se le clavó en la carne.

Ivona lanzó un grito de dolor.

—¿Qué haces aquí? gritó el duque sin poder contenerse.

La presencia de su rival le devolvió el valor.

Arrojó á los piés de la baronesa el látigo que aun conservaba en la mano.

—¿Quiere usted saber á lo que vengo? Ruegue usted á su querida que le lea la carta que ha cometido la imprudencia de abrir. Me ahorrará la respuesta.....

—¿Sabes que arriesgas la vida?...

—Sin duda, contestó Ivona mirándole con doloroso, desprecio, porque es usted un asesino.

—¿Y que hay secretos mortales para los que los sospechan?

—¡No me amenace usted! ¡Máteme usted sin dilación! ¡Me horroriza usted! ¡Oh! Yo le pedía un nombre para mi hijo, que lo es suyo; pero me avergonzaría que se llamase señor de Vaudrey, como usted. Mejor es que se pudra con su madre en el fondo de una laguna ó en la fosa de un cementerio que saber tales infamias.

—¡Ivona!

—¡Ese era el misterio que me prometía usted revelarme! ¡Mentira! ¡Como hubiera usted tenido valor de confesarme que había asesinado al baron Santiago para robarle la mujer y la fortuna, la mujer que le engañaba con usted, como más tarde

habría usted de engañarla conmigo! ¡Caballero sin palabra! ¡Duque sin honra!

—¡Miserable!

—Tiene usted razón: ¡miserable! Miserable por haberle creído, por haber confiado en sus promesas falaces. Bien lo pago, por Dios. Expulsada por mi padre, despreciada de todos, deshonrada ante mi conciencia por mi indigna elección, sólo me queda un partido que adoptar, y lo adopto. Pero antes ya que la casualidad me ha permitido conocer toda su vileza, cobardía y falsedad, se lo digo cara á cara: ¡sí, el miserable es usted, y le maldigo y detestol! ¡Déjeme usted salir!

—¿A dónde vas?

—¡No le importa á usted!

—No saldrás de aquí.

El duque le cerraba el paso.

La baronesa contemplaba la escena con tranquilidad, casi con indiferencia.

—¡Paso! repitió Ivona.

—No.

—Máteme usted, señor duque de Vaudrey. Sólo le falta esa honra.

—Oye, dijo el duque: no quiero matarte, pero júrame callar lo que has oído.

—Nada juro.

—Jura por las cenizas de tu madre.

—No.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—Cuidado, dijo el duque con renco acento. Dios

sabe que me espanta un segundo crimen; pero la paciencia se acaba.

Ella le miró cara á cara, en actitud de reto.

Casi se tocaban sus rostros.

—Veo que me va usted á matar, dijo Ivona, y me alegro. Usted me amó y usted me mata. ¡Qué dicha! Usted ha manchado mi honor y usted lo lava.

Estaba á dos pasos de la puerta.

—¿Juras?

—No.

Parecía como que se gozaba en atizar su cólera, y lo consiguió.

El señor de Vaudrey estaba lívido de furor: sus ojos se inyectaron de sangre.

Cegó á Ivona y la arrastó hasta la chimenea.

—¿Juras? dijo de nuevo.

—No.

—¿Por última vez?

—No.

Con la mano que le quedaba libre arrancó de una panoplia un puñal de mango de ébano en forma de cruz, y empujando á Ivona hácia atrás:

—¡Muere! gritó loco de ira, centelleando los ojos y rechinando los dientes como un condenado.

Bajó el brazo y hundió el puñal en el pecho de la desdichada.

Lo sacó lleno de sangre y lo arrojó al suelo.

Ivona cayó y su cabeza quedó apoyada en el diván de la baronesa.

Luisa no se había movido.



La herida se asfixiaba.

Sus labios se tiñeron de sanguinolenta espuma:

Tuvo fuerzas para coger el arma caída á su lado y colocarla sobre el pecho como un crucifijo.

Sus facciones se dilataron con una especie de sublime calma.

Miró sin ira á su asesino, que contemplaba su agonía.

—Nos has herido con el mismo golpe, murmuró. No conocerá la infamia de su padre, ni la vergüenza de su madre. Mi dolor era insoportable. Todo ha concluido. Gracias.

Apenas se percibían sus palabras.

Su voz se extinguía. Sus ojos se cerraron. Inclinó la cabeza que chocó contra el pavimento.

—¡Ahl gritó el duque aterrado, ¡ha muerto! ¡Soy perdido!

—Sea usted hombre, amigo mío,—dijo con duro acento la baronesa. Después de esta escena que confirma mis dudas, ya no somos dos amantes, pero sí dos aliados, unidos para la común defensa. Si el acto salvaje que acaba usted de cometer con ferocidad de verdugo, hubiera podido acarrear resultados funestos, yo misma le hubiera contenido. Pero es una consecuencia natural del primer crimen. Un asesino mata primero por robar, y después por suprimir los testigos. Menos mal que esa desdichada le deja á usted un modo de probar su inocencia.

El duque levantó la cabeza dominado por tanta sangre fría.

Luisa Renaud, dándole la carta de Ivona, continuó con mordaz ironía.

—Con este documento es usted inocente como un recién nacido; ningún juez se atreverá á imponerle la menor pena. Esté usted tranquilo. La ley le absuelve; pero yo debo advertirle que aunque al suprimir la testigo ha suprimido usted la rival, mi entusiasmo por usted se ha enfriado mucho, y mucho necesita usted trabajar para reconquistarlo.

El señor de Vaudrey miraba lleno de espanto á la mísera Ivona.

—¿Qué haré?—dijo, enjugándose el sudor de la frente.

—Nada más sencillo.

—Pero...

—Se ahoga usted en seguida, amigo mío. No sirve usted para general en jefe. Concibe usted mal y ejecuta bien. Su víctima estaba resuelta á morir; no sé cómo no ha comprendido usted que se gozaba en excitar su cólera... Ahora bien: ¿cómo se suicida generalmente una muchacha de su clase?

—Explíquese usted.

—Asfixiándose por medio de un brasero de carbón, ó arrojándose al agua. Tanto es así que en su carta, esa chiquilla—que siento sinceramente que haya caído en sus manos—manifiesta su propósito de ahogarse en el estanque de Laugou, de bajo de las ventanas del castillo. ¿Comprende usted?

—No.

Luisa se encogió de hombros.

—Podemos cumplir su última voluntad, que no habrá dejado de comunicar á su familia.

—¿Cómo?

—Hay que decirse á usted todo. Llevándola al estanque. Así, si por rara casualidad se encontrasen sus restos, no necesita usted dar explicaciones. No es inverosímil que se haya dado una puñalada antes de arrojarle al estanque.

—Sea.

—La calzada del estanque está á un kilómetro. En este momento, si la vista no me engaña, y la tengo excelente, no pasa por allí nadie. Tengo por dicha mi cesta y mis poneys, que guío yo sola. Enganche usted, usted mismo; aleje usted á los criados y venga usted á buscarme. Me acompañará usted media legua de camino. Mi manta de viaje ocultará este objeto fúnebre, no lo niego, pero un minuto de valor pronto se pasa y nadie le sirve á uno mejor que uno mismo. En fin, puesto que estoy de aforismos, le diré que medido el vino hay que beberlo. El vino está medido, á beberlo, amigo mío.

El tono incisivo, altanero, feroz de la hija del coronel, dominaba al duque. Se reconocía débil y pequeño ante aquel carácter valiente que miraba impertérrito los más siniestros sucesos.

—¿Esperaremos á la noche?—dijo.

—No tengo tiempo. Necesito estar en Scaer á las siete. Son las seis. Podemos disponer de veinte minutos, ni uno más. Aprisa.

—¡Pero tan de día, tan claro!

—Eso nos salva—dijo Luisa impaciente—Nadie sospecha lo inverosímil. ¿Quién diablo puede suponer que el duque de Vaudrey y la baronesa de Bresson llevan un cadáver, en pleno día, en un coche de paseo? Vete en busca de mis poneys y tráelos tú solo.

El duque obedeció.

Luisa quedó sola con la herida.

—¿Habrá muerto?—murmuró.

Se arrodilló á su lado y le puso la mano en el pecho.

—El corazón late aún—pensó.

Latía, en efecto, pero débilmente, y la muerte estaba próxima.

La viuda acercó un espejo á los labios de Ivona. Apenas se empañó el vidrio.

—¡Hermosa joven!—dijo la baronesa, admirada de aquel cutis limpio y mate y de aquel bello rostro coronado de magníficos cabellos.

Quizá hubiera podido salvarla.

Pero la seguridad de los dos criminales exigía su muerte.

Luisa Renaud no la compadeció lo más mínimo.

Era arrastrada, como el duque, por el engranaje del crimen.

Cuando su amante volvió con la cesta y los caballos, su cómplice se limitó á decir:

—Ha muerto.

El asesino cogió sin esfuerzo á su víctima; la

terció en la cesta; se sentó junto á la baronesa, que tomó las riendas y echó una ancha y blanda manta sobre las rodillas.

Los poneys arrastraron como una pluma el elegante carruaje; franquearon con extremada rapidez el trecho de camino hasta el fin de la calzada del estanque. Allí una mano vigorosa los detuvo.

La bella viuda dirigió al rededor una mirada penetrante.

El parque del castillo y el camino estaban completamente desiertos.

La tempestad había convertido el estanque de Langou y todo el valle en un verdadero lago de agua turbia y fangosa.

Rápidos torrentes desaguaban en él, aumentando la profundidad de aquel abismo.

Las esclusas de la calzada estaban levantadas y el agua caía por ellas al Guer, con atronador estrépito.

No se veía un alma.

La baronesa colocó el carruaje bajo los árboles de la calzada.

—¡Pronto!—dijo.

El señor de Vaudrey se horrorizó de sí mismo.

—¡Si viviese todavía...dijo, sería espantoso!

—¿Quiere usted que se siente un Vaudrey en el banquillo? Por un minuto de debilidad se pierde una corona. Dése usted prisa.

Cegó el cuerpo inerte de Ivona, avanzó algunos pasos, contempló un instante aquel rostro angelical, que parecía dormido, lanzó un suspiro, avergonzado

de su infamia, y cerrando los ojos, arrojó el cadáver al estanque.

Cuando se atrevió á mirarlo, era arrastrado por la corriente, y flotaba en dirección á las esclusas.

El duque huyó más pálido que la muerte.

Algunos segundos después galopaban hacia Scaer los caballos de la baronesa.

## VII

JOSON CADION SIRVE DE ALGO.

José Cadion ganaba á conciencia su dinero.

Desde su trato con Juan María, el cazador furtivo no perdía la pista de la baronesa.

Saliese á caballo ó en coche, sola ó acompañada, Joson la seguía como su sombra en cuanto franqueaba los linderos del parque.

Pero había días de días. Unos descansados, otros fatigosísimos; unos verdaderos paseos de desocupado, otros carreras de correo en una batalla.

Aquella tarde el trabajo del lisiado había sido rudo de veras.

Cuando la viuda guiaba la cesta con los poneys, marchaba con diabólica rapidez y descansaba un segundo.

Por otra parte, tenía que seguir el camino en línea recta.